

MAX HERRADOR

El Ajillo

Los elementales del bosque
y la planta que pierde



CUENTO

Nota del autor

Precaución: Si acaso vuestras mercedes sentíos que os perdéis a lo largo de esta lectura, y dais vueltas en círculo, que de repente leéis lo mismo una y otra vez, no os preocupéis, pues en buena hora sois agora parte de esta cultura rica y florida, de hablares y sentires, de sabores y colores; por la gracia de haber sido tocado por “El Ajillo” la planta que pierde y aturde los sentidos. Pero como os repito no sintáis congoja o angustia alguna, ya que a través de la magia bondadosa de este bejuco, encontrareis poco a poco la salida con moraleja, dando pasos livianos, leyendo con mesura una línea tras otra, pues al final lograreis ver que entre párrafos se esconden, en verdad, los elementales del bosque, quienes con picardías y murmullos te mostrarán la salida, despachándote al final de esta historia de ensueño con un puñado de simientes tropicales, que de seguro usareis a lo largo de vuestra senda, en vuestra aventura particular a la que nombráis: vida.



MAX HERRADOR



Los elementales del bosque
y la planta que pierde

CUENTO

863.44

H564a Herrador, Max, 1971-

El ajillo [recurso electrónico : los elementos del bosque y la planta que pierde : cuento / Max Herrador ; editor Mauricio Vallejo Márquez ; ilustración Pedro Portillo, Karen Lara ; diseño gráfico y diagramación Max Arturo Herrador Maravilla ; apoyo gráfico y audio-visual Marco Antonio Dueñas de la Rivera ; diseñador web Adolfo Martínez ; colaboradores Diego Herrador, Rosa Mélida, Nelly Ruth Salguero. -- 1ª ed. -- San Salvador, El Salv. : [s.n.l], 2023.
1 recurso electrónico, <120 p. ; 28 cm.

Datos electrónicos : <1 archivo, formato pdf, 122 mb>. -- <http://www.maxherrador.com/libro-el-ajillo/>.

ISBN 978-99961-2-840-0 <E-Book, pdf>

1. Cuentos salvadoreños. 2. Literatura salvadoreña. I. Título.

BINA/jmh

2017; 2023

©Autor: Max Arturo Herrador Maravilla

Editor: Mauricio Vallejo Márquez

Ilustraciones: Pedro Portillo (grabados de la cultura maya)

Diseño gráfico y diagramación: Info-M@x

Apoyo gráfico y audio-visual: Marco Antonio Dueñas de la Rivera

Diseñador Web maxherrador.com: Adolfo Martínez

Otras colaboraciones editoriales: Diego Herrador, Rosa Mélida

Herrador, Franklin Quezada, Carolina Amaya

y Nelly Ruth Salguero

Primera edición impresa, San Salvador, El Salvador, 2017

ISBN: 978-99961-0-857-3

Primera edición electrónica, San Salvador, El Salvador, 2023

ISBN: 978-99961-2-840-0 (E-Book, pdf)

Le dedico este libro a mi hijo amado Max Benjamín

maxherrador.com



El Ajillo

Mi hijo tiene doce años, y así como millones de jóvenes del nuevo continente crecen y carecen de la variedad de cuentos e historias propias de sus tierras americanas. Por eso ante la repetida y constante súplica de mi crío por contarle ocurrencias para su entretenimiento y sus sueños, le relato no sólo a él, sino, a todo público esta historia fantástica; pues las anteriores ya contadas se conocen hasta en sopa, en el teatro, en los cómics de los cables y los canales informáticos.

Entonces, a mis amistades y de forma íntima les cuento “El Ajillo”, los elementales del bosque y la planta que pierde.



Esta es una historia que les narro sobre las escuchaderas que sin querer hice a muchas gentes, cuando era joven, mientras recorría por azares del destino la América Central, esta franja del continente que une el Sur con el Norte; el istmo de volcanes y montañas medias, de lagos y ríos de colores, de ensenadas y playas tropicales, un territorio hermano que une gentes diversas, nativos originarios con sus leyendas espectaculares y otras personas floridas que vinieron de todos lados del mundo a lo largo de la historia.

De mis andanzas y malandanzas nunca imaginé haber llegado al punto de darle un valor a tantas historias increíbles que escuché en las quimeras, en las terminales de autobuses, en las faldas de algún volcán o cerro, en algún comedor de pueblo olvidado o en los parques coloniales mientras me lustraban las botas; o también, en los trabajos de campo cuando me esforzaba por ganar una nota como estudiante universitario.

Este es un cuento de fantasías y ficciones, de voces populares y saberes antiguos que a veces por las correderas de la vida las escuchamos, pero no las escribimos; unas sí y otras no. La siguiente contadera no es una historia gnóstica ni metafísica de esas de la nueva era, tampoco es la verdad absoluta de la mitología que nos vende esa *mass-media* toda poderosa señora comunicadora de masas. Este es



nada más un cuento modesto, mestizo y multicultural, sencillo para la divierte de las nuevas generaciones y de sus progenitores que quieran otras historias que contar.



rase entonces: “El ajillo” la planta que pierde, conocida y mentada por la gente sabia del campo y de la vida rural. Pues, se sabe que en lo más profundo de la selva el andante que pisa sus hojas se extravía por muy conocedor que sea del terreno, por oriundo o sagaz que se crea el caminante de los bosques y montañas siempre al patearla se ve aturrido por el camino, y la ruta no lo respeta. A veces se va andando a la izquierda profunda radical o a la derecha en larga racha ciega dogmática. Al tocarla con las manos o con los pies el extravío es inminente y el desafío radica, no en encontrar la salida, sino, en romper el embrujo del ajillo, el bejuco que pierde y aturde los sentidos.



Según me cuentan (no una, sino varias personas) tal poder no reside en esa planta común del trópico centroamericano, más bien, es un espíritu carajillo que en algunas de ellas conviven, unidos en una de las más extrañas simbiosis entre el mundo real que conocemos y el de las energías de frecuencias mágicas, que los brujos y chamanes conocen muy bien.

El Ajillo es un tipo de bejuco originario que crece por toda Centroamérica desde el sur de México hasta Panamá, es una planta medicinal, agraciada para los jardines, bondadosa, utilizada para hacer artesanías, y como les cuento, es mágica a la vez. Crece a veces en forma misteriosa en lugares insospechados, en las quebradas y barrancas, en los bosques nebulosos, e incluso, sobrevive en condiciones frías, o bien, en las tierras bajas que son calientes. Brota en los inviernos y en los veranos, solo necesita un poco de agua de vez en cuando, y ya.



Una profesora herbaria que conocí en la facultad me explicaba que es una planta que tiene hojas verde claro y le brotan flores acampanadas color malva. Se les encuentra en las costas, en los valles y en los altiplanos también. Sin embargo, me decía la magister en etnobotánica que se les encuentra por seguro en las forestas, en los bosques primarios y en las selvas, pues son autóctonas de estas tierras.

Ella me afirmaba en tono categórico que vemos a los ajillos en lugares insólitos donde cualquier incrédulo no podría justificar su presencia. No crecen, más bien son bejucos magos que de sopetón surgen en las laderas, horquetas, explanadas, lomas y filones, acuñadas muchas veces entre las rocas y el camino o sino arriba de los riscos gustando de la buena vista y el aire fresco que corre en las cimas.

Es una planta trepadora que busca la luz del sol para que sus flores raudas se impongan en ramilletes agasajados y junto al viento ondeen sus pétalos como melenas tal fuesen divas vanidosas. Cuando se les aplastan o estrujan sus tallos verdes y hojas, tienden a despedir un olor extraño,



como ajo, pero a su vez echan un tufillo ácido a cebolla, por eso también se les conoce en algunos lugares con el nombre de ajo silvestre o falso ajo, pero no son los mismos y nada tienen que ver en especies unos con otros.

Recuerdo allá por la década de los ochenta cuando viajaba como montañista en los buses interdepartamentales de El Salvador, iba a veces junto a los hierberos y curanderas de Santa Ana, Sonsonate, Ahuachapán y la capital, quienes se subían a lo largo de la ruta hacia Metapán, pueblo fronterizo entre Guatemala, Honduras y El Salvador; tanto ellos como yo nos dirigíamos a las montañas neblinosas que se conocen como “El Montecristo”.

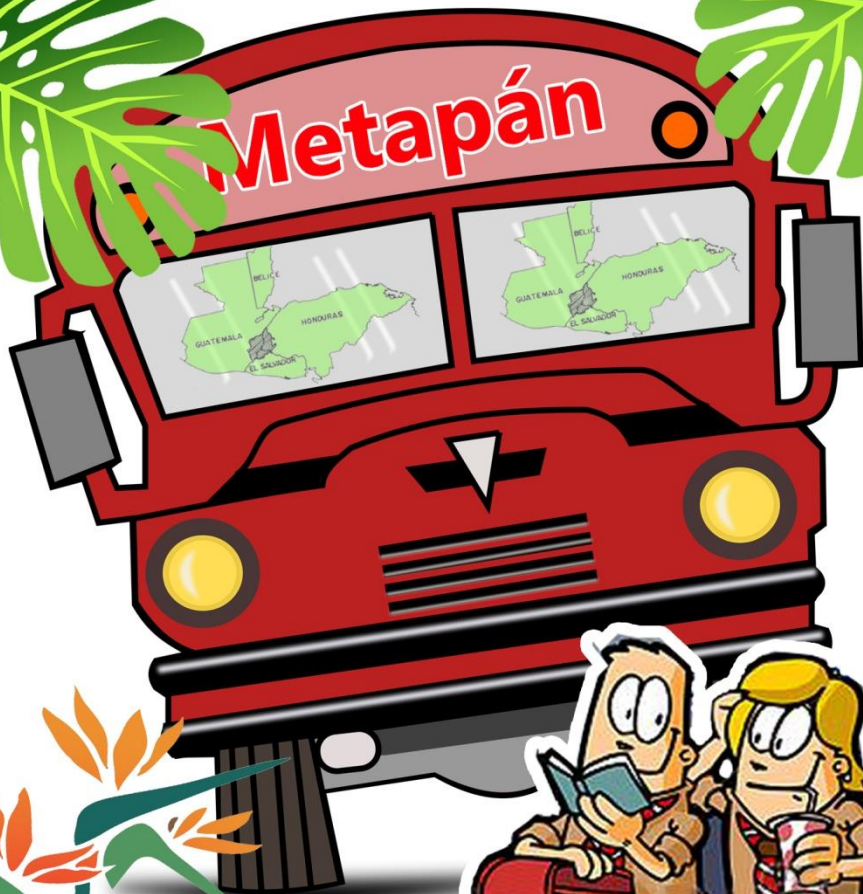
Según oía en sus parlas en esas crestas hay un bosque antiguo de árboles vetustos. Allí habitan diferentes tipos de espíritus, la mayoría de nuestros ancestros americanos, es como un santuario de lo apócrifo, de las fábulas míticas y leyendas ocultas. Suben a esas cumbres solos, para buscar las plantas del ajillo y recolectarlas, ya que según sus hablares sólo las de allí les sirven para hacer sus *menjures*, ungüentos, pociones y embrujos.

Como eran viejas y lentas las camionetas colectivas, a lo largo del camino a veces pavimentado y a veces balastados, les escuchaba con claridad sus recetas magas y recomendaciones del uso del ajillo, mentaban que servía para espantar a los malos espíritus.





Metapán



Me acuerdo que decían que hay que hervir con agua unos brotes tiernos y tomar un poco de ésta, y rociarse en forma abundante con ella, pero hay que hacerlo con la medida justa pues de lo contrario también podrían alejar la fortuna y la buena suerte.

También les escuché decir que los bebes que no son bautizados son propensos a ser *jugados* por los espantos, quedando las criaturas asustadas y tristecitas, para esos casos se les hacen baños con agua de ajillo, para que a los infantes les vuelva de nuevo su gracia y alegría.

Hay muchas versiones sobre esta planta. Y no se sabe qué creer en verdad, son muchas mentadas historias de gentes *ñajas* y sus hablares al respecto del ajillo y sus extravíos, de sus poderes curativos y protecciones mágicas. He escuchado tantas pasaditas que ni se entiende entre tanta contadera. Una vez sentado en el parque central del municipio de Uspantán en el departamento de Quiché en Guatemala, me contó un “*patojo*”, un muchacho diligente, que cuando se les da un poco de agua de ajillo a los perros cazadores éstos son más astutos para rastrear a sus presas. Incrédulo me le quedaba viendo cerrando a medias mis párpados, y mientras tanto, el *jovencito* cholco lustrabotas muy fresco y seguro se comía tranquilo un tamal de maíz combinado con queso polvoriento, salsa de tomate y relleno con trozos de carne de tunco, uno de esos bien conocidos chuchitos chapines, aperitivo común que venden en los canastos de mimbre las viejas esquineras.



De las más fidedignas historias que he escuchado y que les podría hablar es la que me contó un hierbero sabio que lo encontré a un costado de la iglesia El Calvario, acá en la ciudad de San Salvador. Él me afirmó con toda seguridad que en realidad es un “elemental” el que tiene el poder de perder y desorientar, no la planta en sí, pues el bejuco tiene otros poderes pero no embrolla al humano. Sino, por su olor espanta a los espíritus; me habló de una especie de “nomos” de los bosques primitivos del viejo continente, que habían viajado por azares del destino hasta estas latitudes, éste es un tipo de espectro arisco que emigró a tierras centroamericanas, hace unos 165 años, junto con la venida de los primeros “iluminados”,



pensadores ilustrados de la fraternidad; por eso, a veces los figuran a estos duendes con gorros fríos. Pero no creo que sea cierto, pues elementales del ajillo son más viejos que esas sectas trasnochadas. Son como pequeños fantasmas invisibles, a ciencia cierta nadie en sus cinco sentidos ha visto a cabalidad semejantes figuras, por lo tanto, son puros cuenteros quienes hablan al respecto, pues nunca han divisado cosa alguna.

Lo que sí sé es que después de leer tanto y escuchar a las personas longevas en los mercados de especies, a la gente campesina en los caseríos al pie del Cerro El Brujo al otro lado del Pico de Montecristo, e incluso, hasta me los han mentado a estos entes en el hospital siquiátrico; al final, entendí que las o los elementales del ajillo no tienen sexo definido, son pequeños espectros, enanos cacos translucidos que provienen de los bosques de las montañas del Cáucaso.

Me quedé hasta pasmado de semejantes afirmaciones, pues, ¿cómo es posible que si esta planta del ajillo tiene la magia de espantar a los espíritus pueda alojar elementales? Entonces, al cuestionarle eso al hierbero que les cuento, al que conocí en esa zona del mercado central, éste me tomó del brazo y me pidió que me agachara para que pudiera escuchar lo que me susurraría al oído y me dijo:



—Elementales del ajillo son entes no espíritus, que van más allá de cualquier ser vivo. Más bien son dadores de vida, son más viejos que los dioses antiguos. Por lo tanto, no se preocupan por cosas malas o buenas, por el tiempo o el espacio; incluso, para ángeles y demonios son inalcanzables. Son misteriosos y no hay saber alguno que les entienda, es como querer llevar en un vaso las aguas del mar... —luego de cuchichearme estas palabras tuvo

una pausa y de pronto se me quedó viendo directo a los ojos y de forma enigmática me señaló con su dedo índice izquierdo; prieto, torcido, agrietado y con su uña gruesa marrón; continuó diciéndome— estos elementales en particular son de la tierra y de los bosques, es más, estos en especial son ariscos y poderosos, por eso gustan del ajillo porque no hay espíritu del mal o del bien que les moleste; rehúyen de la bulla y del *ruidal* de las personas, y de igual forma de las frecuencias de otros seres etéreos también.



Lee el libro completo suscribiéndote [aquí](#)

